

MARYLÈNE PATOU-MATHIS, *El hombre prehistórico es también una mujer. Una historia de la invisibilidad de las mujeres*, traducción de María Pons Irazábal, Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona, 2021, 364 pp. ISBN 978-84-264-1009-2 (*L'homme préhistorique est aussi une femme. Une histoire de l'invisibilité des femmes*, Allary Éditions, París, 2020).

Muy cerca de Estocolmo, en el yacimiento arqueológico vikingo de Birka, en la isla de Björkö, se encontró en 1880 un esqueleto enterrado con una espada, dos lanzas y veinticinco flechas, además de con dos caballos y un tablero con un montón de fichas que se cree que debían servir para adiestrarse en las tácticas y estrategias de combate. Los arqueólogos de la época concluyeron, en buena lógica (de la época), que se trataba de un jefe guerrero vikingo. Blanco y en botella...

En 2014 un estudio antropológico del mismo esqueleto cuestionó esta interpretación y nuevas excavaciones, junto a unos análisis genéticos antes imposibles (el ADN, que, como el algodón de un viejo anuncio, no engaña), consiguieron demostrar que aquél era un esqueleto femenino. ¡Caramba! El supuesto jefe vikingo, que incluso la imaginación menos febril pintaría con los colores de la fiereza, la valentía y la fuerza física, pasaba a ser, oh sorpresa, una guerrera de unos treinta años y alrededor de un metro setenta de altura. ¿Una “jefa” vikinga si apuramos la descripción? Con lo que ni el vino era blanco, ni embotellado...

El citado estudio antropológico, las subsiguientes excavaciones y la publicación en 2017 de conclusiones tan transgresoras han sido realizados, signo de los tiempos, por equipos de investigación en los que destaca la presencia, incluso el protagonismo, de mujeres, pero en los que también participan hombres. Y pese a que lo que sugieren los nuevos datos parece irrefutable, no todos los arqueólogos masculinos han corrido a admitir una interpretación que deben entender como subversiva y que echa por tierra un emblema inatacable (al menos para ellos) de “la masculinidad”, esto es, que son los hombres los que hacen la guerra, de manera que hay quien ha imaginado que serían los parientes de la mujer los que la ataviarían de guerrero (¿por qué? ¿para qué?), sin que su ajuar funerario fuera el reflejo de su situación real en la sociedad. Ya se sabe: observando las cosas con anteojos deformes por reciamente viriles, si un esqueleto aparece con un rico ajuar funerario de guerrero, es automáticamente un hombre guerrero, un “jefe” guerrero; pero si el esqueleto es inequívocamente de mujer, ha de darse cualquier explicación, aun la más peregrina, a hecho tan perturbador. Menos que sea, Dios no lo quiera, una mujer guerrera.

Este episodio de la historia de la arqueología, que Marylène Patou-Mathis cuenta (p. 155) en el buen libro que reseñamos es, a mi parecer, un excelente ejemplo de cómo los prejuicios machistas han lastrado hasta fechas muy recientes la comprensión de los vestigios arqueológicos y de cómo su supervivencia (erre que erre)

en círculos que nos gustaría pensar que son cada vez más minoritarios sigue provocando llamativos problemas y ridículos pronunciamientos. La deconstrucción de esos prejuicios, que siguen todavía hoy estando en la base de la imagen de la prehistoria que posee gran parte de la población, es la tarea principal que acomete con gran competencia la mencionada investigadora en este *El hombre prehistórico es también una mujer*. Aunque, como veremos más abajo, el texto supera ampliamente –y con ello no sé si roza el abuso– los límites estrictos que cabía presuponer en el desarrollo de ese objetivo para integrar, a veces de modo un poco forzado, materiales que van mucho más lejos. Lo anuncia el subtítulo: estamos también ante “una historia de la invisibilidad de las mujeres”, es decir, de cómo se minusvaloró a las mujeres en las miradas tradicionales sobre el pasado, de cómo se justificó ese maltrato y de cómo y por parte de quién –de quiénes– se abrieron grietas en una serie de construcciones ideológicas sexistas que eran piezas constitutivas de un patriarcalismo en apariencia sempiterno. Excelente exponente, pues, de algo que se puede denominar “arqueología de género” (así se presenta en la contraportada del volumen que tenemos entre las manos), la opción de la autora por incorporar a su texto –en dos capítulos– contenidos que, insisto, rebasan con creces el campo de estudios de la prehistoria y la arqueología, amplía y complica sin anularla esa adscripción, permitiendo ubicarlo, en mi opinión, en la categoría más general de “historia escrita con perspectiva de género”. Luego volveremos sobre ello.

Marylène Patou-Mathis es una prehistoriadora –arqueozoóloga para ser más precisos– francesa tan reputada como veterana (nació en 1955). Directora de investigación del Centre national de la recherche scientifique (CNRS), desempeña su trabajo en la unidad de “Historia natural del hombre prehistórico” del *Muséum national d’histoire naturelle* (MNHN). Además, es miembro de los comités editoriales de varias revistas galas y foráneas y autora de unos cuantos libros y un sinnúmero de artículos especializados. Sin embargo, nunca su nombre había brillado tanto como desde que *L’homme préhistorique est aussi une femme* vio la luz en francés en el año de la pandemia, procurándole una notoria exposición mediática y convirtiéndola en una figura conocida más allá de los iniciados en su nicho investigador. Hasta entonces había destacado en los ámbitos académicos por ser una de las mayores autoridades en el comportamiento de los neandertales, esos hombres y esas mujeres de los que los europeos y las europeas actuales hemos heredado entre un uno y un cuatro por ciento de nuestra mestiza carga genética (descubrirlo, por cierto, le ha valido al genetista sueco Svante Pääbo el Premio Nobel de Medicina de 2022). Lo que entre otras cosas significa que, en puridad, los neandertales nunca se extinguieron: llevamos su huella en nosotros y nosotras.

La introducción del libro empieza con un párrafo lleno de energía (p. 11) que anuncia el tono de lo que viene detrás. Y que acierta a captar la atención del lector o lectora ya en el primer contacto con sus páginas. Abre el melón del tema y a la vez adelanta la línea general argumentativa que se desarrollará en el meollo de la obra:

¡No! ¡Las mujeres prehistóricas no se pasaban el día barriendo la cueva! ¿Y si resulta que también pintaron Lascaux, cazaron bisontes, tallaron utensilios e idearon innovaciones y avances sociales? Las nuevas técnicas de análisis de los restos arqueológicos, los recientes descubrimientos de fósiles humanos y el desarrollo de la arqueología de género han cuestionado muchas de las ideas y clichés heredados.

A continuación, en el primer capítulo, muy corto (pp. 17-28) la autora dirige nuestra atención a “la visión novelesca de las mujeres prehistóricas” (ese es su título), o lo que es lo mismo, a los clichés heredados. En el siglo XIX, con el nacimiento de la Prehistoria (es decir, de una mirada con pretensiones científicas al período anterior a

la aparición de vestigios escritos en la historia humana) se construyeron una serie de imágenes que, en realidad, carecían de suficientes fundamentos en los materiales hallados en los yacimientos, pero que consagraron una especie de “ostracismo de las mujeres”, ausentes o menospreciadas en ellas. Unas imágenes que se popularizaron a través de “cuadros, esculturas, libros, ilustraciones de revistas y manuales que transmitían un claro mensaje: “¡la prehistoria es cosa de hombres!”. Como el coñac Soberano... El varón “ocupaba el centro del escenario” y la mujer “se halla relegada a un segundo plano”. El primero “enarbola armas, abate fieras terribles, es fuerte, protector, está de pie”. La segunda “es débil y dependiente, a veces está ociosa, rodeada de niños y ancianos, sentada a la entrada de la cueva” (p. 17).

Es decir, se dibuja una sociedad con una dicotomía sexuada de tareas que reproduce, adaptándola a remotos tiempos pretéritos, la manera de entender el mundo propia del patriarcado decimonónico. Impera “la idea de que las mujeres no desempeñaron ninguna función en la evolución técnica y cultural de la humanidad” (p. 20). Los hombres son los héroes de los relatos novelescos que recrean los primeros pasos de la especie. La sociedad “primitiva” es pensada como necesariamente violenta aunque (de nuevo el inequívoco sesgo decimonónico) habría evolucionado de una manera progresiva y lineal. “Un hombre arrastra a una mujer agarrándola del cabello”: las relaciones “entre los dos sexos se basan en la dominación, en la que la violación, el rapto y la brutalidad son la norma” (p. 20). Las conductas de los seres humanos son equiparadas, primero, “a las de los grandes simios, gorilas y chimpancés”, y en un segundo momento a las de las consideradas “razas inferiores”, entendidas como pervivencias en el mundo moderno de un mundo primitivo (p. 21). Se construye así un potente imaginario colectivo, fundado en una multiplicidad de hipótesis no probadas, que ha perdurado con escasas críticas hasta mediados del siglo XX y ha ejercido a modo de “herencia cultural” que “ha alimentado y condicionado el enfoque del ámbito científico de la prehistoria” (p. 28).

Quizá el lector o lectora esperaría que ese imaginario fuera objeto de deconstrucción en las páginas siguientes. Sin embargo, Marylène Patou-Mathis difiere esa tarea y aborda en un segundo capítulo, mucho más largo, el “contexto histórico e intelectual de la aparición de la prehistoria como disciplina científica” (pp. 29-90). Un capítulo que, para mí, constituye una especie de historia universal de la misoginia (y pido excusas por usar aquí “universal” a la antigua, como sinónimo de mundo occidental) que supera bastante lo que sería un planteamiento estrecho de pura “arqueología de género”. Así, la autora busca las manifestaciones misóginas presentes en mitos antiguos y textos sagrados. Bucea en la tradición judeocristiana y en la grecorromana, coincidentes ambas en la consideración de las mujeres como “seres inferiores” (p. 28). Pero también, y manejando buenas lecturas, muestra cómo los prejuicios machistas informaron el nacimiento de la ciencia, la filosofía y la política modernas. De Hesíodo, Hipócrates y Platón a Tertuliano, San Pablo y Santo Tomás de Aquino, de Rousseau, Cabanis y Schopenhauer a Gustave Le Bon, Sylvain Maréchal, Proudhon, Lombroso y un largo etcétera, una legión de hombres que no amaban a las mujeres (o que, al menos, no las amaban como iguales) y sus desafortunadas ideas sobre la mitad femenina de la población, que ahora son capaces de provocarnos tanta indignación como carcajadas, desfilan con su fe, sus barreras mentales y sus flojeras ante nosotros. Asimismo, aparecen aquí y allá algunas aportaciones de ciertos espíritus menos prejuiciados que osaron contradecirlos en cuestiones concretas (por ejemplo, en cuál había de ser la educación que recibir por las mujeres), de Fénelon a Germaine de Staël y Jules Férry, y un etcétera mucho más corto. La autora, claro está, recorre un camino ya muy transitado por los estudios de género. No hemos de

sospechar que pretenda descubrir América y su breve historia universal de la misoginia en sesenta páginas no puede ni quiere superar el estadio de holgado resumen de lo que ahora nos parecen equivocaciones e idioteces, de compendio galocéntrico de necedades machistas si se quiere mayor concreción. Pero no me cabe duda de que ella necesita incluir ese amplio relato para una mejor ilustración de su público, de manera que los contenidos específicos que se tratan en el capítulo siguiente se puedan entender a la luz de las ideas dominantes de su tiempo que, pese a desatinos y sandeces, todavía influyen en el nuestro.

Porque la tarea acumulativa de todos los enfermos de misoginia que se sucedieron desde la antigüedad hasta ese siglo XIX en que surgía la Prehistoria configuró el tipo ideal de mujer como subhombre que aportó el sustrato ideológico a la naciente disciplina científica. Un tipo ideal que la arqueozoóloga francesa perfila con acierto. Es decir, una mujer inferior al varón por disposición divina (culpable desde los orígenes por el pecado de Eva) o por obra y gracia de la naturaleza (cuerpo frágil y cerebro pequeño, gobernadas por su sexo, eternas enfermas, predestinadas a la maternidad, débiles de moral y de intelecto). Y una mujer subordinada, exhortada a ser sumisa, a la que se cubrió de desprecio en variopintos escritos y se maltrató a golpe de constricciones morales, acusaciones fantasiosas (la brujería, sin ir más lejos, se imaginó y se persiguió como cosa esencialmente de mujeres) y disposiciones legales (siempre inferior al hombre en derechos y sometida a la tutela masculina). Como colofón, en el siglo XVIII se desarrolló una “ideología sexista” que, subraya la autora, iba a alcanzar “un gran auge en el siglo XIX” (p. 86), una ideología que impregnó notoriamente la “ciencia positiva” decimonónica y la naciente antropología evolutiva. Y fue en ese contexto, en definitiva, como los clichés y estereotipos sobre los hombres prehistóricos y sus casi invisibles mujeres expuestos en el capítulo anterior nacieron y crecieron.

El tercer capítulo es el que se ocupa de desmontar, hasta arrasarlo, ese viejo imaginario. Lleva por título “Las mujeres prehistóricas a la luz de los nuevos descubrimientos y de la arqueología de género”, abarca más de 80 páginas (pp. 91-174) y constituye la espina dorsal del libro. Arranca con un párrafo esclarecedor respecto a la génesis y el objeto de la mencionada “arqueología de género” (pp. 91-92):

Antes de la Primera Guerra Mundial no hay ninguna prehistoriadora. Hasta la década de 1950, la arqueología, como muchas otras disciplinas de investigación, cuenta con muy pocas mujeres, y son escasas las que obtienen una plaza en universidades de prestigio. Como ocurre en la antropología, se alzan voces, principalmente femeninas, para denunciar el androcentrismo de la disciplina. Este movimiento, conocido como “arqueología de género” y “arqueología feminista”, analiza las relaciones humanas en las sociedades del pasado, en especial las relaciones de poder entre los sexos. La reflexión que plantea permite identificar los mecanismos dominantes en la interpretación de los datos arqueológicos: el papel de la mujer, su estatus y sus conductas, y también que el mobiliario y el arte prehistórico se analizan recurriendo de forma sistemática al esencialismo, sobre todo a través del prisma de la mirada masculina. La arqueología de género revolucionará los códigos.

En efecto, el advenimiento creciente de los que venimos en llamar la mirada femenina, ayudada por la perspicacia de algunos varones dotados de suficiente empatía como para no desdeñar ese prisma alternativo, puso de relieve las patentes debilidades de los estereotipos fabricados por el notorio sesgo machista de los prehistoriadores anteriores. Las arqueólogas feministas y sus compañeros de viaje se revelaron en poco tiempo como gente peligrosa: eran capaces de cambiarlo todo. Con entusiasmo y argumentos sólidos comenzaron a atacar y abatir los altos muros de la Prehistoria del patriarcado y sus disparates. ¿Dónde están las pruebas, se preguntaron,

que respalden la idea de que solo los hombres cazaban mientras las mujeres recolectaban? No existen... ¿Dónde la evidencia de que las gentes que pintaban las paredes de las cuevas paleolíticas o los refugios neolíticos eran de sexo masculino? En ningún lugar... ¿Cómo saber si tejían o fabricaban armas personas con unos genitales o con otros? No hay manera... ¿Realmente la guerra era únicamente una actividad masculina? Es improbable...

Marylène Pathou-Mathis trata esas y otras cuestiones armada de un grado de conocimiento envidiable y con la energía del (de la) militante. No quiero destripar su exposición, ya que merece ser leída al completo. Me limitaré a señalar que no elude temas muy complejos, como el del mítico “matriarcado” original o el de las relaciones de poder en las sociedades prehistóricas, ni se refugia solo en la consideración y deconstrucción de los clichés que han prevalecido respecto al Paleolítico (sin duda el periodo en que está más cómoda), sino que dedica también su atención al Neolítico y estadios posteriores (recordemos el caso de la “jefa” vikinga explicado más arriba). Tras leer esas 80 y pico páginas el lector o lectora, a no ser que sus prejuicios sean tan potentes que afecten seriamente a su salud mental (pero no habríamos de sorprendamos de ello en un mundo en que abundan los terraplanistas, los antivacunas y los conspiranoicos de cualquier pelaje), acaba por convencerse de los errores, las insuficiencias y las distorsiones que encerraban los viejos estereotipos, auténticas expresiones de una ideología patriarcal en proceso de superación (o eso queremos).

Obviamente, no todos los razonamientos que realiza la autora tienen –porque no pueden tener– el mismo grado de plausibilidad. El registro arqueológico no permite defender que determinadas tareas las efectuaran hombres. Tampoco que las hicieran mujeres. Falsar lo que eran hipótesis nacidas de prejuicios que no se sostienen no implica que seamos siempre capaces de convertir en tesis otras hipótesis alternativas. La arqueología trabaja con materiales misteriosos, ambiguos y poco locuaces. Criticar las interpretaciones y “deconstruir los mitos” vinculados a una “supuesta naturaleza femenina original” constituye tanto una necesidad como una virtud. Y asimismo es un acto de cordura constatar que “las culturas y sociedades prehistóricas estaban muy diversificadas y eran mucho más complejas de lo que se creía hasta hace muy poco” (p. 174). Pero –por poner algún pero– la autora quizá habría debido andar con pies de plomo al tratar algún que otro tema polémico entre los especialistas. Romain Pigeaud, uno de las mayores autoridades francesas en arte parietal prehistórico (y que, por cierto, ha estudiado en Valencia las plaquetas grabadas de la Cova del Parpalló), aparte de agradecer su lucha contra los disparates, le achacó en una reseña haber actuado con apresuramiento al dar crédito a “teorías controvertidas, como la medición de las proporciones de los dedos de las huellas de las manos en negativo” que supuestamente demostrarían “que los artistas de las cavernas eran también mujeres”. Un detalle, a mi parecer, que apenas oscurece esas ochenta y pico páginas particularmente brillantes y eficaces.

En el cuarto capítulo Marylène Patou-Mathis abandona la estricta “prehistoria de género” para volver, con más aliento aún que en el capítulo segundo, a la historia escrita con perspectiva de género. Se titula “Eternas rebeldes”, llena cuarenta y cinco páginas (pp. 175-219), y la he leído como una reivindicación del papel y de las luchas de las mujeres en la historia (entendida como proceso) y de la necesidad de que la Historia (entendida como estudio y relato de ese proceso) deje de maltratarlas. Es decir, como una pieza de historia universal –reitero mis disculpas por el uso del adjetivo– del feminismo escrita desde una óptica que no puede sino ser feminista. Si el capítulo segundo era una especie de breve antología de la misoginia, este constituye su reverso nada tenebroso, un sucinto pero apasionado tratado antimisógino. Y si

aquel tenía bastante sentido como instructivo repertorio de los gravísimos prejuicios que enmarcaron el nacimiento de la Prehistoria y acompañaron gran parte de su trayectoria, me temo que este no consigue desprenderse de una especie de fino aroma a prescindible añadido.

Estamos de nuevo ante un relato que nos lleva desde la Antigüedad (las mujeres hititas, las egipcias como las poderosas Hatshepsut o Nefertiti) hasta Simone Veil y Joan Scott. Un relato que aspira a desmasculinizar la historia –un propósito encomiable en sí mismo– pero que no casa muy bien con el resto del libro, al menos a mi juicio. A no ser que la autora piense que cualquier ocasión, aun traída por los pelos, es buena para defender una causa sin duda justa. Después de leídas casi doscientas páginas de *El hombre prehistórico es también mujer*, uno no entiende muy bien qué necesidad había ahora, en un libro así titulado y cuyo mensaje central ya se había transmitido con nitidez, de llamar a escena a portaestandartes como Hipatia, Cristina de Pizán, Marie de Gournay, Olympe de Gouges, Simone de Beauvoir y compañía. Ni a los escasos (o no tanto) hombres que tomaron conciencia de las injusticias que sufrían las mujeres, como Poulain de la Barre, Fourier, Guesde... Un relato que otra vez tiene algo de compendio galocéntrico, lo que no está mal en un mundo cada vez más colonizado por los productos de cultura anglosajones, pero que acaso hubiera sido mejor hacer objeto, si es que una arqueozoóloga encuentra imprescindible tratar por sí misma tal temática, de una publicación aparte.

Pese a esta última consideración, no dudaré de calificar el libro de digno de encomio. Además de recoger la amplia erudición de la autora, demostrada sobre todo en la bibliografía y las abundantes notas que llenan las ciento treinta páginas finales, está bien escrito y bien traducido. La autora llega a sus lectores (a mí me ha llegado) y no resulta nunca pedante. Acierta a abordar asuntos complejos en un lenguaje que no es alambicado ni vulgar y rezuma amenidad, buen sentido y entusiasmo. A su modo, refleja lo que la “mirada femenina” está aportando en las últimas décadas a la historia y al resto de ciencias sociales. No sé si exagero al calificar de cambio de paradigma a lo que está aconteciendo en este terreno ante nuestros ojos. Porque tomar en serio a las mujeres como protagonistas plenas y no menguadas ni pasivas del proceso histórico, como análogamente pasó hace algunas décadas más con las llamadas clases subalternas, constituye algo así como un giro copernicano historiográfico a la vez que un imprescindible acto de justicia.

Durante siglos, las mentalidades, esas prisiones de larga duración que tanto ocuparon a reputados historiadores franceses, incluyeron un desprecio a la mujer del que mucha gente (hombres y mujeres) no sabe salir pese a los avances que han supuesto las sucesivas olas del feminismo. Con contumacia digna de mejor causa, los prejuicios machistas que ejercían antaño como severos carceleros todavía se resisten con uñas y dientes a abandonar su lugar en un mundo que los cuestiona. Voltaire ya consideró los prejuicios como la razón de los tontos. Y los tontos son un tipo peligroso de seres humanos que no parece experimentar el menor riesgo de extinción. El patriarcado, aunque herido, sigue vivo en la cultura occidental (en otras culturas, ni hablemos...). Subsiste agazapado –o no tanto– en el mundo de las ideas y se hace visible a plena luz en la realidad social y la vida cotidiana. A menudo gallea (en especial, pero no sólo, en la derecha de las derechas) y amenaza aquí y allá con rearmarse y volver con fuerzas redobladas, con el despliegue de todas sus seducciones y de todas sus pompas, dispuesto a corromper a los hombres. Y a muchas mujeres. Las dentelladas que ha sufrido no son irreversibles y el futuro es incierto, una suma de incógnitas. Escribir una historia de las mujeres y con las mujeres es una forma, me

gusta pensar que no por completo ineficaz, de seguir debilitándolo, de resistir sus seducciones y de desactivar sus pompas.

¿Es el libro que recomendamos un ensayo o un panfleto? Tal es la inteligente pregunta que se hacía el citado Romain Pigeaud en su aludida reseña. Mi respuesta ha de ser simple y al tiempo inequívoca: basta con substituir la conjunción adversativa por la copulativa: es un ensayo y es además un panfleto. Sin contradicción. Las grandes causas, y el feminismo es una de ellas, necesitan legitimarse con ensayos y agitar la esfera pública con panfletos. Marylène Potou-Mathis se ha atrevido a maridar en un solo producto intelectual el rigor ensayístico y el aguijón de lo panfletario. Y, a mi modesto entender, ha salido bastante bien parada de esa apuesta.

Joan J. Adrià i Montolío